

MARÍA TERESA ÁLVAREZ

*Margarita
de Parma*

La apasionante vida de la hija bastarda de Carlos V,
gobernadora de los Países Bajos

la esfera  de los libros

Año de 1529

Quienes conocieron la Real Cédula expedida en Barcelona por el emperador Carlos V, en la que reconocía como legítima a una de sus hijas naturales, Margarita, pueden haber pensado que el nieto de los Reyes Católicos quería a aquella niña de forma especial. Y es posible que así fuera, pero la opinión de los que eso creían sería distinta al conocer que la joven Margarita era la prenda que Carlos se había comprometido a entregar según lo acordado con el papa Clemente VII.

La hija del emperador debería casarse con Alejandro de Medici, duque de Penne. Para unos, hijo ilegítimo de Lorenzo II de Medici, para otros, del propio papa Clemente, Julio de Medici en el siglo.

¿Qué intereses movían al emperador a pactar con el pontífice? Los de Clemente VII resultaban evidentes. Después del Saco de Roma era normal que quisiera estar del lado del hombre más poderoso de la tierra. La llamada Liga de Cognac o Clementina había sido su mayor error. Nunca más del lado del rey francés, Francisco I.

El papa no quería a Carlos como enemigo y, además, deseaba que le ayudara a recuperar el gobierno de Florencia para su familia, los Medici, como así sucedería a los pocos meses, al ser derrocada la república de Florencia por las tropas imperiales. Pero antes, en el mes de febrero de 1530, Clemente VII le impuso la corona a Carlos como emperador del Sacro Imperio Romano —ya había sido coronado en Aquisgrán, pero el título necesitaba también el refrendo papal para completarse como emperador de los germanos y también de los romanos.

De esta forma, se vio culminada una de las aspiraciones de Carlos, que no había dudado en manifestar su pesar ante lo sucedido en el Saco de Roma, llegando a presentar disculpas ante el pontífice.

Sin duda, a Carlos también le interesaba en aquel momento mantener buenas relaciones con Clemente VII, y por ello reconoció la legitimidad de una hija habida con una joven flamenca, Juana María van der Gheynst, que estaba al servicio del señor de Montigny, en cuya casa de Oudenarde se había hospedado Carlos en 1521 para celebrar una reunión del Toisón de Oro. Cuentan que la muchacha, de gran belleza, entusiasmó al joven emperador, que vivió un apasionado romance con ella.

La consecuencia de aquella relación fue el nacimiento de una niña al año siguiente, el 28 de diciembre de 1522, que muy pronto fue aceptada por la familia de los Habsburgo. Será la tía de Carlos, la gobernadora de los Países Bajos, Margarita, quien se ocupe de la pequeña.

De las cuatro hijas ilegítimas que Carlos había tenido antes de casarse, solo a Margarita se le facilitó una esmerada educación. Era como si desde un principio el destino

fuera encaminando los pasos de esta niña que en la Real Cédula de Barcelona alcanzaba un protagonismo inesperado, que no sería más que el comienzo del papel que la historia le tenía reservado.

Tristes Navidades

Malinas, diciembre de 1530

Una hermosa capa blanca lo cubre todo. Ha dejado de nevar y el sol ilumina la Grote Markt o plaza Mayor, que, a pesar de acercarse el mediodía, está desierta. Las campanas de todas las iglesias de Malinas no dejan de tañer desde hace días. Una diminuta figura camina decidida hacia la catedral de San Rumoldo.

Está convencida de que nadie notará su ausencia, aunque le da lo mismo. La persona a quien más quiere y a la que jamás daría una preocupación ya no está en este mundo. Las lágrimas se deslizan por las mejillas de la niña mientras sus ojos miran a lo alto, al final de la torre inconclusa de la catedral.

Hace tiempo que desea subir. Ella le aseguró que un día lo harían juntas, pero siempre le dolían tanto las piernas... Quiere escalar los peldaños de la enorme escalera. Sabe que si no lo hace en este momento tal vez nunca pueda realizar su sueño... ¿Qué será de su vida a partir de ahora? ¿La enviarán a Italia? Ella le había dicho que

tendría que marcharse el próximo verano. ¿Y si luego la rechazan como le había sucedido a ella?



El 1 de diciembre de 1530 moría en Malinas la archiduchesa de Austria, duquesa de Saboya, Princesa de Asturias y gobernadora de los Países Bajos, Margarita de Austria, hija del emperador Maximiliano, hermana de Felipe el Hermoso y, por lo tanto, tía de Carlos V.

Cuando su hermano Felipe y la mujer de este, Juana de Castilla, viajaron a España, Margarita fue quien se ocupó de la formación de los hijos del matrimonio, a la vez que ejercía de gobernadora de los Países Bajos por encargo de su padre.

Con diecisiete años la habían casado con el príncipe Juan, el único hijo varón de los Reyes Católicos, que, desgraciadamente, falleció a los seis meses de haberse celebrado el matrimonio, dejando a Margarita embarazada. Todos, en medio de la enorme tristeza por la desaparición del príncipe, aguardaban con ilusión y esperanza la llegada del nuevo ser —que se convertiría en heredero de los tronos de Castilla y Aragón—, pero las expectativas se vieron frustradas. La niña que crecía en sus entrañas no pudo sobrevivir a un alumbramiento prematuro.

Margarita regresó al lado de los suyos. Al poco tiempo, decidieron casarla con Filiberto II, duque de Saboya, que moriría tres años más tarde sin descendencia.

Margarita, viuda por segunda vez, retornó a la corte junto a su padre, el emperador Maximiliano. No tenía más que veintiséis años. Consiguió que no volvieran a casarla

y desde entonces se dedicó en cuerpo y alma a cumplir los deseos de su progenitor: gobernar los Países Bajos y cuidar de sus sobrinos. Cuando Carlos, a la muerte de su abuelo el emperador Maximiliano, heredó los Países Bajos, manifestó cierto desacuerdo con su tía, pero las desavenencias duraron poco y Margarita volvió a ocuparse del gobierno.

Dicen que lo hizo con acierto, inteligencia y prudencia.



No sabe cuántos escalones ha subido. Son muchísimos. Llega a la sala de campanas. Se asoma... Malinas está a sus pies, hermosa y blanca. Nada se mueve... parece una ciudad fantasma. Solo el sonido de las campanas y el humo de algunas chimeneas, evidencia de que existe vida... La niña piensa que ya habrán llegado al Franco Condado, a Bourgen-Bresse, al real monasterio de Brou.

Margarita de Austria vivió, los tres años que duró su segundo matrimonio, muy cerca de Bourg-en-Bresse, y allí fue donde, al quedarse viuda, mandó construir un real monasterio en el que reposaran los restos de su marido y los suyos.

Era bastante habitual en la época que los reyes buscaran un lugar en el que perpetuar su memoria a través de los siglos.

En el monasterio de Brou, junto con el hermoso edificio gótico y los tres claustros, las estatuas yacentes en mármol negro de los duques de Saboya, Filiberto y Margarita, recuerdan su paso por este mundo.

Le duele que no le hayan permitido acompañar al cadáver. En aquel momento, la niña Margarita se promete a sí misma visitar un día la tumba de su tía abuela. Era la

única persona que la quería de verdad. ¿Le habrían puesto el nombre de Margarita por ella? Se da cuenta de que nunca se lo ha preguntado. Le gustaría parecerse a ella. Todos la querían y respetaban.

¿Y si no volviera a palacio? Tal vez un día tome esa decisión... No. Sabe que nunca lo hará, porque tiene una misión en la vida: cumplir las disposiciones de su augusto padre y estar siempre al servicio de la dinastía. Su tía abuela no ha dejado de repetírselo una y mil veces. Ella lo había hecho y así se lo había inculcado a las hermanas de su padre, las archiduquesas Leonor, Isabel y María.



Lo cierto es que las mujeres miembros de las familias reales —también los hombres, pero ellas más— eran utilizadas como monedas de cambio para sellar acuerdos, firmar paces o anexionar territorios. Los matrimonios siempre deberían ser ventajosos para la dinastía. Los Habsburgo fueron un ejemplo.

La hermana mayor de Carlos, Leonor, fue casada primero con el rey de Portugal, Manuel I (treinta años mayor que ella), que era tío suyo por haber estado casado con dos hermanas de su madre, Juana, y por tanto hijas de los Reyes Católicos, las infantas Isabel y María.

A los dos años de convertirse en reina de Portugal, Leonor se quedó viuda, regresando a Flandes junto a su familia y dejando una hija de seis meses en la corte portuguesa a la que pertenecía.

Después de nueve años, hacía solo unos meses, en agosto de 1530, dando cumplimiento a una de las cláusulas

del Tratado de Cambrais o Paz de las Damas (por haber sido firmado por Luisa de Saboya —madre de Francisco I— y Margarita de Austria —tía de Carlos—, Leonor se casaba con el rey viudo Francisco I.

Leonor había sido utilizada en un intento de que los eternos rivales, Francisco I y Carlos V, dejaran de pelear. Objetivo imposible a pesar del sacrificio de Leonor, que vivió años horribles al lado de un marido que la despreciaba y no le ocultaba sus relaciones con diversas damas de la corte.

Igual suerte había corrido la hermana de Leonor, Isabel, fallecida a los veinticinco años, después de haber tenido seis hijos. Con catorce años habían decidido desposarla con Cristian II, rey de Dinamarca, que tenía veinte años más que ella y una amante a la que no estaba dispuesto a renunciar, pero que falleció de forma inesperada, allanando el camino a Isabel, que desde entonces fue mucho más valorada por su marido. Isabel dio muestras hasta el final de su fidelidad al irse con él al exilio cuando le arrebataron el trono de Dinamarca y Suecia.

Su tía abuela, Margarita, también se había ocupado de ellos. Era la protectora de todos. Siempre sabía cómo reaccionar y decir las palabras oportunas. La niña se restriega los ojos y busca un pañuelo. Preferiría que hubiera muerto su madre. No se acuerda de ella, aunque hubo un tiempo en que la añoró. Pensaba que por ser hija natural no podía estar a su lado, pero ahora sabe que eso también sucede con los hijos de los matrimonios bendecidos. Su tía Leonor no había vuelto a ver a su hija, a la que había dejado en Portugal.



A su padre no le conoce. Sabe que estuvo cerca, pero nunca manifestó deseos de verla. Es estos momentos en que llora la pérdida de su tía abuela, lo hace también porque le gustaría besar la mano de su padre, escuchar su voz... Mirarle...

El emperador no ha ocultado que es su padre, y esto tendría que ser suficiente para ella. Pero le gustaría tanto poder estar con él, aunque fuera unos minutos. Se consuela pensando que a sus hijos legítimos su padre tampoco les presta mucha atención.

Carlos V se había casado en 1526 con su prima Isabel de Portugal y ya tenía dos hijos con ella, Felipe de dos años y María de uno.

La niña Margarita se sabe importante. Le gusta mandar. Tiene que ser fuerte. Piensa que tal vez cambien los planes sobre ella. Le pide a Dios que si esto sucede se produzca antes de que la manden a Italia. Le sentaría mal que la rechazaran después de conocerla. Aunque su tía abuela Margarita, que cuando contaba diez años había sido devuelta de Francia donde se preparaba su boda con el Delfín al decidir que este se casara con otra joven de la realeza europea, le explicó que la ruptura nada tenía que ver con la valoración que de ella hacían, sino con algún cambio experimentado en los acuerdos e intereses de las casas reinantes. Pero ella no es tan cabal como su tía y su orgullo se resentiría.

Le gusta el lamento de las campanas que quieren proclamar el dolor unánime de cuantos conocieron a su tía abuela.

Cuentan que las campanas de Malinas estuvieron tañendo más de treinta días en recuerdo de Margarita de

Austria. Fueron unas tristes Navidades para los habitantes de la ciudad, que muy pronto experimentarían las consecuencias de la ausencia de su querida gobernadora.

La pequeña Margarita piensa que, si hubiese nacido varón, la vida le resultaría más placentera. Preferiría estar en el campo de batalla cerca de su padre y no en los salones de palacio.